Santillana

SANTILLANA es una ciudad fósil; una evocación del pasado que se aboceta bajo un cielo casi siempre gris. Nada habla en ella de la vida. Hasta sus pobladores, atravesando las calles con las cabezas bajas, el andar cauteloso y los brazos faltos de acción, parecen espectros.

La hierba crece en el suelo, empedrado con guijarros puntiagudos; las puertas nunca se abren de par en par, se entreabren sin ruido; los edificios tienen el amarillento color de la vejez; el aire gime entre las grietas de los muros ó va y viene por el espacio, lento, quejumbroso, como un suspiro de agonía, De la tierra brotan húmedos vahos; del cielo cae una gran tristeza. Para llorar desengaños y vivir muerto, es villa única Santillana.

A su entrada os tropezáis con un convento de añeja arquitectura; sus celosías están pintarrajeadas de bermellón; sólo tinieblas se descubren por entre aquellas celosías. Si entráis en la Iglesia, llena de tinie-

blas también, suelen llegar hasta vosotros rezos, versículos latinos, salmodiados por femeninas voces que ganguean. Si alzáis los ojos hacia el coro, donde suenan tales voces, faltas de expresión y armonía, veis unos bultos negros. Son mujeres, pobres mujeres, criaturas inútiles que pasan sobre la tierra sin sentir el amor del hombre y los goces de la maternidad.

Al mirarlas quietas, encogidas, difuminadas entre las sombras heladoras del coro, siente uno impulsos de forzar la puerta que al coro conduce y trepar los empinados escalones y llegar á las infelices monjas y rasgar sus velos y gritarles:

«Mujeres: La Naturaleza no os hizo para rezar, buscando las dichas celestiales. Os hizo para vivir la vida, para gozarla y hacérsela gozar á los otros. No creáis que vuestros deberes están en ese claustro, donde las virginidades se enrejan y la existencia terrenal se maldice. En el mundo están vuestros deberes, junto á los padres viejos, á quienes robáis cariño y amparo; junto al esposo, cuyas esperanzas fortalecería vuestro amor; junto al hijo, cuya carne débil amamantarían vuestros pechos. No; no vinísteis al mundo para ser vírgenes; para ser compañeras y madres de hombres os construyó la Naturaleza. Obedecedla. Volved á la vida. Limpiad vuestra alma de fanatismos, de roña vuestro cuerpo y pagad á la Naturaleza el tributo que os corresponde.»

¡Hablarles así!... ¿Para qué? Semejantes palabras sonaran á blasfemia en aquellos espíritus, más entenebrecidos que el claustro donde se cobijan. Las voces que ganguean, faltas de expresión y dulzura, acusan corazones muertos y conciencias anquilosadas. Es necia faena revivir cadáveres y desentumecer paralíticos.

Resulta el convento prólogo adecuado á Santillana. La población entera, por su ambiente, por sus edificios, por la configuración de sus calles y por el vivir de sus habitadores, es imagen cabal de aquellos tiempos durante los cuales fué el convento rey y señor de conciencias y bienes. Hasta la luz que baja del cielo tiene claustrales palideces.

Hermosa muestra del estilo románico es la colegiata de triple ábside, construída en el siglo XI; hermoso es el claustro, de igual, aunque posterior, arquitectura, cuando el románico había llegado á su apogeo y desbordaba en esculpidos capiteles, en ricos historiales de leyendas y de pasajes, donde se confundían lo mitológico y lo bíblico con artística confusión y con arrogante desenfado. Hermoso es, y no una hora que estuve en él, cien fueran precisas, al justo examen de todas las bellezas que guarda.

Son deliciosos los pasajes y leyendas simulados en los capiteles de claustro y templo. Todas las sensualidades, todos los carnales delirios se dibujan en aquellas figuras y escenas. Cuando se negaban la pasión y el

deleite en la tierra, cuando se proclamaba por la Iglesia el triunfo de la muerte y de la esterilidad en el mundo, los artistas protestaron con sus cinceles de tan estúpida doctrina, y afirmaron bravamente el derecho á engendrar, á amar y á vivir en los monumentos que se edificaban para negarlo.

Por cierto que, á título moral, los clérigos encargados de custodiar la colegiata han cubierto con yeso muchos de los tales pasajes y figuras. Bien es verdad que en la restauración del claustro, terminada y consagrada con su presencia por el entonces ministro, doctor Cortezo, se han cometido infamias artísticas, y váyase lo uno por lo otro en obsequio del buen gusto y de la pudibundez oficiales.

Hermoso es el claustro de la colegiata; hermosa la iglesia y notable el retablo del altar mayor, hecho con tablas del gusto flamenco, divididas por repisas y cresterías del gótico florido; pero con ser ellos muy hermosos, no fueron quienes más tiempo me robaron y más ocupaciones dieron á mi pensar en la visita á Santillana.

Fué Santillana entera, el espectáculo total, completo, de aquella población. Fueron sus calles silenciosas, encuestadas, estrechas, de las que la hierba es tapiz y el silencio dios; fueron sus edificios amarillentos, sobre cuyas puertas se alzan nobiliarios escudos; fueron sus portones claveteados, sus anchos aleros que

adelantan para proteger balcones y rejas de la lluvia; fué aquel aspecto de antigüedad, de miseria y de ruina, que la villa ofrece á las miradas del viajero. Ellos me hicieron vivir durante algunas horas la tristísima vida de los siglos XVII y XVIII.

A un extremo y á otro de la ciudad, la colegiata y el convento, aprisionándola, amarrándola por sus dos puntas al señorío del monjil y de la cogulla. A cada paso una iglesia, un oratario ó una hornacina con su farolillo y su imagen, invocando al recogimiento, al hacer de la conciencia una oración y de la vida un humilladero. En todas partes, heráldicos timbres ó sacerdotales insignias; por todo comercio, figones; por todo vehículo, carromatos; las mujeres, escondiéndose al paso de los hombres, sin perjuicio de asomarse después para verlos, ó de ir á buscarlos entre las sombras de la noche; los ricos, paseándose bajo los soportales; los pobres, matándose los piojos al sol; parejas de frailes recorriendo la vía entre los saludos de los fieles. Sólo me faltaron una procesión y un auto de fe para que la imagen del siglo XVII resultase completa. ¡Qué triste quietud! ¡Qué siniestra desolación!... Los pájaros mismos cruzaban el aire sin cantar.

Todo parecía allí muerto; todo lo hubiese estado si una muchacha, asomándose por entre un balconcillo enrejado con flores, no hubiese puesto los ojos en mí, enviándome una sonrisa.

Era muy bonita; de ojos negros, de cabellera entonada en azul, de bermejos labios y blanquísima dentadura. Con su mirar parecía decirme: «Aquí me tienes á mí, que soy juventud y alegría y amor, prisionera en este sepulcro, rodeada de flores, como las doncellas muertas; y muerta estoy; que no será vida la que disfrute mi alma cuando se abra al amor entre los brazos de un patán ó de un rico de aldea.» La sonrisa que me dirigió fué muy triste, como un saludo doloroso, como un adiós á algo que pasaba, para no volver más, por delante de la encantadora cautiva. Duró segundos la visión; la gentil muchacha desapareció entre sus flores, y la ciudad muerta volvió á apoderarse de mí, con sus calles tortuosas y sus edificios blasonados y sus conventos dominadores y su triste quietud.

Así, y en poblaciones semejantes á Santillana, vivía la España leprosa y fanática del siglo XVII; así, entre conventos y casas blasonadas, entre hidalgos que se paseaban á la sombra y mendigos que se despiojaban al sol, fué á su ruina esta España nuestra.

Así fué; y yo, contemplando en Santillana el retrato de aquella España imbécil y ruinosa, sentía, no ansias artísticas de admirarla y cantarla por sus hermosos monumentos: ansias de maldecirla, para maldecir en ella aquellas épocas que hoy espíritus imbéciles se empeñan en resucitar.

Eso, un mosáico de Santillanas volvería á ser

nuestra patria, si los preconizadores de aquellos tiempos y de aquellas doctrinas lograran imponerse y triunfar. Y eso será á poco que nos descuidemos; que si no en el aspecto, en el fondo, son ya Santillanas muchas ciudades españolas; y si no edificios artísticos como la histórica colegiata, conventos hay en todas partes; y á que hayan más y dominen más y se ensoñoreen más de conciencias y de bolsillos, tienden los propósitos y se encaminan las intenciones de quien por influencia propia y por ajenas debilidades, todo lo rige y mangonea.

A eso se quiere ir, á eso iremos, á resucitar nacionalmente el cadáver de Santillana; y tal van poniéndose las cosas, y tales cosas se hacen, que lógicamente y obedeciendo la santa ley de los afines, la corte de España debería estar en Santillana y no en Madrid.